

bendición por última vez: la emoción era universal, deshaciéndose unos en lágrimas, queriendo otros tocar al menos sus vestiduras, y por último, deteniendo algunos los caballos para no dejarle marchar. «No, no, ilustrísimo señor—decían;—no, no os marcharéis, y si es menester os llevaremos nosotros mismos en nuestros brazos hasta vuestra ciudad de Annecy.» La señora doña Guillermina Tabourot, viuda del consejero Fremiot y tía de nuestra Santa, exclamó sin poderse contener: «¡Oh, y qué ladronazo, Dios mío, qué ladronazol!» Y preguntándola qué es lo que quería decir, «¿no veis—respondió,—cómo nos roba y se lleva todos los corazones?» El Ayuntamiento se le presentó en cuerpo, y, dándole las gracias por su predicación, le ofreció una rica vajilla de plata con las armas de la ciudad; pero el Santo se negó á recibirla, diciendo: «¡Oh, no, señores; yo no he venido á buscar vuestra plata, sino vuestros corazones (1).»

(1) «Archivos municipales de Dijón. *Acuerdos del Concejo de la ciudad*, 9 de Abril. Sabiendo que el Ilmo. Sr. Obispo de Ginebra, que ha predicado durante este santo tiempo de Cuaresma en la santa capilla, se marcha el martes después de Pascua, el Ayuntamiento ha acordado ir en corporación á darle las gracias por el trabajo que se ha tomado edificando al pueblo, que ha quedado muy contento de él, y se le conducirá hasta San Juan de Losne, en Auxonne.

»Hoy, día 26 de Abril, los Sres. Vizcondes y Regidores han ido á ver al Sr. Obispo de Ginebra y despedirse de él, dándole las gracias por el trabajo que se ha tomado en edificar al pueblo con sus santas y doctas instrucciones, rogando á Dios le conserve y guarde. El Sr. Obispo ha dicho que él era quien quedaba muy obligado para con la ciudad por la honra y favor que han querido dispensarle sus habitantes asistiendo á sus sermones; que lo recordaría toda su vida, y que les rogaba le encomendasen á Dios, como él lo haría por ellos. El Alcalde mayor le ha respondido manifestándole mucha gratitud, y le ha presentado una gran bandeja de plata dorada, y dorados alrededor, regalo que no ha querido aceptar. También le presentaron una sortija de oro esmaltada de blanco, en donde estaba engastado un grande zafiro que valía 50 escudos, la que tampoco quiso recibir, diciendo que, aunque no estaba prohibido el tomar de los príncipes y corporaciones de las ciudades, no obstante, él no podía aceptarlo de modo ninguno, por haber hecho voto de lo contrario.»

Y subiendo al coche, partió en medio de las aclamaciones y sentimiento de todo un pueblo. La señora de Chantal asistía de lejos á esta partida, seguía con los ojos al santo Obispo, feliz por haberle conocido, desconsolada por perderle tan pronto, y sin poder imaginar siquiera las inmensas consecuencias que para la Iglesia entera habían de tener sus cortas entrevistas con el Santo Obispo de Ginebra.

Tampoco éste lo pensaba absolutamente, si bien los acontecimientos que acababan de pasar le hacían reflexionar sobre ellos. La visión del castillo de Sales; el fuerte impulso que le llevó á Dijón; la inesperada aparición de aquella que se le había manifestado; la luz divina que interiormente le había iluminado al confesar á la señora de Chantal; la notable circunstancia de que cuanto más pensaba en todas estas cosas más unido se sentía á Dios, todo esto pasaba y repasaba en su espíritu al salir de Dijón. Al primer relevo del coche, habiéndose detenido en una posada, pidió papel y escribió á la Santa el siguiente billetito: «Me parece que Dios me ha dado á la señora de Chantal; cada momento tengo más certeza de ello: ruego á la bondad divina que nos introduzca á los dos en las sagradas llagas de Jesucristo, y nos haga dar allí la vida que de El hemos recibido. Os encomiendo á vuestro buen ángel. Haced lo mismo por mí, que soy todo vuestro en Jesucristo. = *Francisco, Obispo de Ginebra.*»

Algunos días después, el 3 de Agosto de 1604, habiendo llegado á su ciudad de Annecy, la escribió una larga carta (1) sobre los deberes de las viudas; carta un

(1) Al mismo tiempo escribió al Ayuntamiento de Dijón una carta, que desgraciadamente se ha perdido. «2 de Mayo de 1604. Se ha leído una carta del Sr. Obispo de Ginebra, dando gracias á los Señores de la ciudad; y recomienda no se olvide poner en práctica el llevar al Santísimo Sacramento bajo palio, cuando se conduzca por las calles para los enfermos, y el pueblo le acompañará, lo cual proporcionará muchos

poco general, pero muy íntima, llena de gracia, de imaginación, donde se ve el talento del Santo, y su clara y profunda penetración. «He visto en Roma—la dice—un árbol plantado allí por el bienaventurado Santo Domingo; todos van á verle afectuosamente, por amor del que le plantó; así, yo, que he visto en vos el árbol del deseo de santidad que nuestro Señor ha plantado en vuestra alma, le amo tiernamente, y tengo gusto en considerarle ahora, mejor que en vuestra presencia... ¡ Ah! sí; este deseo, debe, señora, mantenerse en vos, lo mismo que en la costa marítima de Génova se mantienen los naranjos, los cuales están todo el año cargados de frutos, de flores y de hojas, todo junto». Después de este amable exordio, San Francisco de Sales instruye á la señora de Chantal sobre los dos principales deberes de las viudas; uno es el amor de la viudez, «amor santo y digno de desearse, por tantas razones como estrellas tiene el cielo»; y el otro, el amor del progreso espiritual, y del adelanto animoso y constante en la virtud. Insiste después en lo necesario que la es dilatar su corazón, arrancarle de la opresión en que se ahoga, evitar los escrúpulos, los afanes, las inquietudes; «porque nada—dice—impide tanto adelantar en la perfección como estas cosas»; por último, la exhorta á que se arroje dulce y constantemente «en las sagradas llagas de Jesucristo»; y concluye indicándola algunas devociones, siempre con el objeto de dilatar su corazón, como el amor de nuestro Señor y el de su santa Iglesia, «esta querida y dulce paloma—dice—única y sola que puede dar palomitas al Esposo. Alabad á Dios—prosigue—cien veces al día por ser hija de la Iglesia, á ejemplo de la Madre Teresa, que repetía á menudo, con extremado consuelo, en la hora de su muerte, alabanzas y gracias al Señor por haberla

---

bienes á la ciudad.» (Archivos municipales de Dijón. *Acuerdos del Consejo de la ciudad.*)

hecho nacer y morir en el seno de tan buena Madre.» A esta devoción, que generalmente no comprenden bastante los cristianos, quiere el Santo añada una continua oración por todos los Prelados, pastores y predicadores de la Iglesia. «Mirad—dice—cómo están esparcidos sobre toda la superficie de la tierra. Rogad á Dios por ellos, á fin de que se salven las almas; y, rogando por ellos, os ruego no me olvidéis nunca, pues que Dios me da la firmísima voluntad de no olvidaros tampoco jamás» (1).

Esta carta llegó muy oportunamente. Desde el día que la señora de Chantal abrió su conciencia á San Francisco de Sales, mil penas la habían asaltado; el temor de haber violado su voto la causaba á menudo grandes tormentos. En vano trataba de tranquilizarse con la memoria de las palabras del bienaventurado, porque no podía conseguirlo. A las inquietudes de lo

---

(1) *Cartas de San Francisco de Sales*, 3 de Mayo de 1604. No sé á qué edición referirme, porque los numerosos autógrafos de San Francisco de Sales que tengo entre manos me confirman en la idea de que aún no se conoce bien á este Santo. Demasiado se sabe que en el siglo XVII no se preciaban de exactos en reproducir fielmente los textos de los manuscritos. Con razón ó sin ella, no se daban más que textos arreglados. Si esto se hacía, aun con las obras de los Padres de la Iglesia y las crónicas de la Edad Media, ¿qué había de suceder con cartas publicadas por religiosas con el solo fin de edificar? Así se abrevian unas, se suprimen otras, y muchas veces de dos ó tres se forma una sola.

Casi siempre se quitan los nombres propios; todo lo histórico, todo lo relativo á una persona desaparece, para no dejar subsistir sino lo que es útil para todas las almas en general. Y este es un sistema que, no sólo no se oculta sino que se le advierte al lector en el prólogo. Así hicieron los primeros editores de las obras de San Francisco de Sales, y en particular de sus cartas. Después se ha reproducido servilmente esta primera edición, y ninguno se ha servido de los autógrafos. Ya sería tiempo de que algún sabio hiciese por San Francisco de Sales lo que el Sr. de Montmerqué ha hecho tan perfectamente por la marquesa de Sevigné, y sería verdaderamente un trabajo tan útil á la verdadera piedad como á la bella literatura. El Sr. Abate de Baudry le había emprendido, pero la muerte le impidió concluirlo. Los papeles que sobre esto dejó, son los que ahora mismo publica el Sr. Migné en su edición de *San Francisco de Sales*, la más completa que hasta ahora ha salido.

pasado se juntaban, para aumentar su turbación, las preocupaciones de lo porvenir. ¿Debería ponerse bajo la dirección de San Francisco de Sales? La visión del castillo de Bourbilly; el ardiente deseo que sentía, desde que conoció al santo Obispo, de confiarle su alma; la paz que se siguió á la primera entrevista, ¿no eran otras tantas señales de la voluntad de Dios? Pero, por otra parte, ¿podía dejar á su confesor sin violar sus votos? Todos estos pensamientos, que se cruzaban en su espíritu, la hacían sufrir un verdadero martirio. Un día, en particular, víspera de Pentecostés (1604), duró este martirio treinta y seis horas continuas; y fué tan amargo y doloroso, que durante este tiempo no pudo descansar ni tomar alimento. Al fin, abrumada de dolor y sin fuerzas para tanto sufrir, confió su pena al Rdo. P. Villars, uno de los hombres más eminentes de la Compañía de Jesús, con quien se confesaba en ausencia de su director. El Rdo. P. Villars, que á una gran piedad juntaba una ciencia profunda, después de haber oído á la señora de Chantal, la respondió seria y fuertemente, con impulso extraordinario de Dios: «Señora, la voluntad de Dios es que os pongáis bajo la dirección del ilustrísimo Sr. de Ginebra, que es la que os conviene, y no la que ahora seguis. Tiene el espíritu de Dios y de la Iglesia, y el Señor quiere alguna cosa grande de vos, dándoos ese serafín terrestre para dirigiros.» Estas palabras tranquilizaron á la señora de Chantal. «Me parecía—dice—que me quitaban una montaña que pesaba sobre mi corazón, y quedé en una gran paz y seguridad de que lo que me decía era la voluntad de Dios.»

Pero esta tranquilidad duró muy poco; el director de la señora de Chantal volvió á Dijón, la vió, la oyó, y sin reprenderla por sus conferencias con San Francisco de Sales (1), ni prohibirla que le escribiese, in-

(1) La Madre de Chaugy y todos los historiadores que la han co-

sistió, no obstante, en que no fluctuase de un director á otro, sino que tuviese uno solo por guía.

El Rdo. P. de Villars era absolutamente del mismo parecer sobre la necesidad de una sola dirección, porque este punto jamás ha estado dudoso en la Iglesia; pero esta dirección única quería fuese la de San Francisco de Sales para la señora de Chantal; mas ésta, cada vez más apurada y afligida, sin encontrar la paz en ninguna parte, se decidió, en fin, á escribir al santo Obispo de Ginebra, aprovechándose del permiso que para ello la había dado su confesor.

Aquí empieza una de las más hermosas correspondencias que pueden existir. Desgraciadamente la tenemos incompleta. «San Francisco de Sales, que no se creía digno—dice—de estar en relaciones con un alma tan grande como la de la señora de Chantal, había puesto aparte las cartas que ésta le había dirigido, y las había anotado por su mano para que sirviesen un día para su historia, que se proponía escribir. Murió primero el Santo, y el paquete de sus cartas fué entregado imprudentemente á la Santa, que confusa y espantada las echó al fuego. Con gran trabajo y alguna exposición pudo una religiosa que se hallaba presente salvar algunas. Otras se encontraron en otra parte con todas las de San Francisco de Sales, cuidadosamente conservadas por la señora de Chantal, publicadas después, y leídas unas y otras con una admiración que

---

piado, aseguran que el director de la señora de Chantal, de vuelta de Dijón, la reprendió fuertemente por sus conferencias con San Francisco de Sales, lo que la causó grandes remordimientos de conciencia. (Chaugy, pág. 48.—Maupas, pág. 49.) Es un error, como se puede conocer por una carta de San Francisco de Sales: «Todo esto me consuela—dice á la Santa,— como también lo que me escribís de que el Rdo. Padre que nuestro Señor os había dado por director había dicho *le parecía bien* que durante mi estancia en Dijón me hayáis comunicado vuestra alma, y aun que no le parecía mal que alguna vez me escribieseis.» (Carta del 14 de Junio de 1604.)

jamás se agota. Como las *Confesiones* de San Agustín, las *Obras* de Santa Teresa y el magnífico libro de la *Imitación de Jesucristo*, estas cartas llevan el sello de un espíritu que no es el del hombre. Se ve tanta pureza unida á tanta ternura, tanto ardor de corazón con tan perfecto desasimiento, que no se necesita más para hacer admirar y amar una religión capaz de elevar á las almas á tanta altura, é inspirarlas sentimientos tan divinos. El estudio de esta correspondencia nos pondrá á la vista un espectáculo raro en los fastos de la santidad. Es el espectáculo de una Santa dirigida por un Santo.

En todas partes vemos obrar á los Santos, pero generalmente no se ve la mano que los dirige. Se ven sus trabajos, sus sacrificios y abnegación; pero una parte de su vida se mantiene oculta, y ésta es la más bella; es esa vida íntima, secreta, que sólo un hombre conoce aquí en la tierra, el confesor, y en la cual, no obstante, se encuentra la última solución, la sola verdadera explicación de la vida pública. Los mil pensamientos que calladito se depositan en el santo tribunal; las turbaciones, las inquietudes que se disipan cayendo en el oído amigo de un confesor; los consejos que se reciben; los remedios que aquél indica; el camino, en fin, que traza, todo esto en la vida de los Santos es generalmente invisible. El Santo, de rodillas en el santo tribunal, ha hecho todas sus confidencias humilde y amorosamente; pero quedaron cubiertas con un eterno silencio, y no resucitarán hasta el último día. Aquí, por el contrario, San Francisco de Sales está lejos; la señora de Chantal no le ve sino con largos intervalos, y apenas una ó dos veces al año; necesitan, por tanto, escribirse á menudo, y confiar á hojas volantes, la una las confidencias sublimes de su corazón, el otro las respuestas admirables de su sabiduría. Aunque no se tratase aquí sino de personas vulgares, se hallaría no obstante, un

encanto singular en penetrar tan íntimamente en los misterios descubiertos del corazón humano. ¿Qué sucederá, pues, cuando la penitente es la señora de Chantal, y tiene por confesor al Santo Obispo de Ginebra?

Habiendo, pues, recibido San Francisco de Sales la carta de la señora de Chantal, fecha 30 de Mayo de 1604, en la cual le contaba sus turbaciones y penas interiores, la contesta al mismo tiempo dos cartas largas (1). La primera, que debe mostrarse al padre director, estaba escrita con toda verdad y sinceridad, «como debo hacerlo siempre—decía San Francisco de Sales—pero no con tanta libertad como en ésta, en la cual deseo hablaros de corazón á corazón.» En una y otra insiste San Francisco de Sales sobre la necesidad de no tener más que un guía, al cual debe el alma manifestarse en toda ocasión tan entera y francamente como un libro abierto, «y cuya autoridad debe ser en todo y por todo preferida á la propia voluntad, y aun al parecer y dictamen de cualquiera otra persona particular.» Quiere, no obstante, que si el director se ausentase se pueda comunicar con otro, «porque ciertamente, el recibir los avisos é instrucciones de otros, recurriendo á ellos en ausencia del director, no es de ningún modo contrario al respeto que se le debe;» sin embargo, pone una condición, y es «que el director y su autoridad sean siempre preferidas.» Consiente también que en ciertas circunstancias pueda pedirse consejo á otro, con tal que no sea por ligereza, curiosidad, afán de lo nuevo y gusto de mudanzas; y que «la obediencia prometida permanezca firme en su lugar, que es el primero, y sea siempre preferida.» «No paséis más adelante, os lo suplico—añade San Francisco de Sales—y no os ocupéis absolutamente del grado en que debéis tenerme, porque todo esto no es más que tentación y sutilezas. ¿Qué os

(1) Cartas de 14 y 24 de Junio de 1604.

importa saber si me podéis tener ó no por padre espiritual, con tal que sepáis lo que es mi alma para la vuestra, y que yo sepa lo que es la vuestra para mí? Sé que tenéis una entera y perfecta confianza en mi buen afecto; no lo dudo en modo alguno, y tengo en ello consuelo. Sabed también, y creedlo, os lo suplico, que tengo viva y extraordinaria voluntad y deseo de servirlos para vuestra santificación, con toda la extensión de mis fuerzas.»

«No puedo explicaros — continúa dejándose llevar de las efusiones de su hermosa alma—ni la calidad ni grandeza de este afecto que siento para servirlos, en todo lo que respecta á vuestro adelanto espiritual; sólo os diré que pienso procede de Dios, y así le mantendré afectuosamente, pero en verdad puedo aseguraros que todos los días le veo crecer y aumentarse notablemente. Aún os diría más, pero me parece más conveniente no pasar de aquí.»

El Santo no comprende, por lo demás, que pueda existir entre él y la señora de Chantal otro lazo sino el de la caridad y verdadera amistad cristiana. «Estos—dice—mi buena hermana (y permitidme os dé este nombre, por el cual los Apóstoles y primeros cristianos expresaban el íntimo amor que se tenían), estos son nuestros lazos, nuestras cadenas, las cuales, cuanto más se aprieten, más holgura y libertad nos darán... Tenedme, pues, estrechamente unido con vos, y no os ocupéis en saber más sino que esta unión no es de modo alguno contraria á ninguna obligación, ni aun á la de voto. Descansad, pues, completamente sobre este punto... Obedeced á vuestro primer director filial y libremente, y servíos de mí caritativa y francamente.

»Pero soy muy pesado escribiéndoos tan largamente—añade,—me detengo pidiendo al Niño Jesús que os haga digna de estas gracias y favores, y nos haga morir por El, ó al menos en El. Señora, rogadle mucho por

mí, que soy muy miserable, y estoy abrumado con mi propio peso y con el de los demás; lo cual sería una carga intolerable si el que me llevó con todos mis pecados sobre la Cruz, no me lleva por su misericordia al cielo. Por lo demás, nunca digo la Misa sin vos, y lo que os toca más de cerca, y ni aun comulgo nunca sin vos. En fin, soy tan vuestro como podéis desear. Guardaos de afanes, melancolias y escrúpulos. Por lo demás, no queráis por nada de este mundo ofender á Dios, y esto es bastante para vivir contenta.»

La carta concluye con algunos recuerdos para toda la amable familia de Fremiot, de quien el Santo conservaba tan dulce memoria. «Nada me decís de la salud de vuestro padre, y deseo mucho saberlo, como también de vuestro señor tío, á quien os suplico saludéis por mí. Por lo demás, ya que el Padre director os permite escribirme alguna vez, hacedlo, os ruego, de buena voluntad, aunque os distraiga un poco, porque lo haréis por caridad. Me encuentro en un país y con unas ocupaciones que realmente me hacen digno de compasión, y es un consuelo recibir, entre los disgustos de tantos difíciles y fastidiosos negocios, noticias vuestras y de vuestra familia; creed que esto es un verdadero rocío para mí. ¡Dios os haga la gracia de vivir y morir en su amor, y si le agrada, por su amor! Se lo suplico y os saludo afectuosamente, bendiciéndoos, como á vuestros pequeñuelos hijos, si estáis en Chantal (1), porque si estáis en Dijón, no quisiera hacerlo en presencia de su señor tío (2), aunque el verlos arrodillados y pedírmelo vos, me hizo cometer esta falta á mi partida.

»Para Dios sea vuestro corazón y vuestra alma, señora, yo soy vuestro humilde y afectísimo servidor.»

(1) Chantal es el nombre de un territorio dependiente de Monthelón. Pero allí no había ninguna casa.

(2) El Ilmo. Sr. D. Andrés Fremiot, Arzobispo de Bourges.

A pesar de estas palabras, las turbaciones continuaban, ó más bien estas sabias y dulces instrucciones, lejos de tranquilizar el alma de la señora de Chantal, redoblaban su deseo de ponerse enteramente bajo la dirección del Santo Obispo. Por otra parte, cuanto más tiempo pasaba, más se afirmaba el P. de Villars en el dictamen que sobre sus penas había dado á la señora de Chantal. «No os digo sólo que dejéis vuestra primera dirección—la decía—y que os pongáis totalmente bajo la del Ilmo. Sr. de Ginebra; sino que os añadido de parte de Dios, que si no lo hacéis resistís al Espíritu Santo.» Un Padre capuchino que estaba entonces en grande olor de santidad le dijo lo mismo: «Señora, no tardéis más, poneos bajo la dirección del Ilmo. de Ginebra; si por un milagro—añadió—os enviase Nuestro Señor y Dios su propio espíritu para dirigiros, no lo haría con más acierto que por este dignísimo Prelado.» Instada la señora de Chantal por estas palabras y por el atractivo divino, que cada día era más fuerte, escribía carta sobre carta al Santo Obispo para suplicarle se encargase de su dirección. San Francisco de Sales, no obstante, no se apresuraba. Los cuatro votos hechos por la señora de Chantal le hacían no decidirse á desatarlos hasta después de reflexionar mucho y convencerse de que así era la voluntad de Dios.

Deseando ver á la Santa para resolver con seguridad, le escribió viniese á buscarle, porque era negocio éste muy árduo para decidirle á tanta distancia. El lugar de la reunión se fijó primero en Thonon, pero después se arregló fuese en San Claudio, adonde la señora de Boisy había hecho voto, como dijimos antes, de ir en peregrinación, y adonde San Francisco de Sales debía acompañarla.

La víspera de su partida, la señora de Chantal subió á Fontaine-lez-Dijón, cuna de San Bernardo, á fin de encomendar á Dios el éxito de su viaje. Apenas entró

en la iglesia, cuando de repente se sintió como arrebatada de Dios, y vino á su memoria el recuerdo de una visión que había tenido en otro tiempo. Una mañana, estando en su cama medio adormecida, le pareció estar en un carro lleno de viajeros, y que pasaba delante de una iglesia, donde había una porción de gente recogida y atenta en oración. Quiso lanzarse fuera del carro y entrar por la puerta grande de la iglesia, que estaba abierta, pero sintió que la rechazaban, y oyó distintamente una voz que le dijo: «Es menester andar más é ir más lejos. No entrarás nunca en el sagrado reposo de los hijos de Dios sino por la puerta de San Claudio.» Nada comprendió de esta visión, pero le quedó un vislumbre de esperanza, de que algún día cesarían sus grandes tribulaciones. Así, cuando se sentía más atormentada decía: «¡Paciencia, alma mía, Dios te ha prometido que entrarás en el sagrado descanso de sus hijos por la puerta de San Claudio!» (1) Esta visión la vino á la memoria en el instante en que iba á partir para San Claudio, llenándola á un tiempo de consuelo y esperanza, creyendo que Dios la preparaba gracias muy abundantes.

Llegó á San Claudio el 21 de Agosto de 1604 (2), acompañada de la señora Presidenta Bruslard; por su parte, San Francisco de Sales llegó también el mismo

(1) Esta visión ha sido contada y escrita por la misma Madre de Chantal en sus *Memorias inéditas*. Cuando el proceso de canonización, muchos testigos declararon haberlo oído de su propia boca. Puede verse en particular la declaración del ilustre Presidente Favre, amigo de San Francisco de Sales. Hablando de esta visión, dice: «Sé todo esto por habérselo oído decir á la dicha señora yo mismo.» (*Proceso de beatificación*, tomo II, pág. 519.)

(2) Y no el 24, como dice la Madre de Chaugy, porque el 22 fué cuando San Francisco de Sales aceptó la dirección de nuestra Santa. En general, la Madre de Chaugy no es muy segura en los acontecimientos de la primera parte de la vida de la señora de Chantal. No los había presenciado, los había sólo oído contar; y no escribiendo más que para edificar, da muy poca importancia á la exactitud de las fechas.